

Alessandro RONCAGLIA

La riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico

Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006, 778 pp.

“Una historia del pensamiento puede resultar una lectura muy pesada. Las obras que trata pueden dividirse en dos clases: las que el lector ya ha estudiado y las que no. Un resumen de las primeras a menudo no aporta ninguna idea nueva y el de las segundas, ninguna idea notable. La obra del Prof. Roncaglia está libre de dichos defectos. Insufla novedad a las viejas doctrinas, trazando asociaciones inesperadas entre ellas. En las regiones más familiares encuentra nuevos caminos”.

Antes de proseguir, conviene indicar que esta entrada, que se aviene como anillo al dedo al texto que comentamos, con el único cambio de Mr. Bonar por Prof. Roncaglia, la hemos entresacado de la *review* que Edgeworth, el gran maestro de las recensiones, hizo en 1893 de un texto de su amigo James Bonar en la revista *Mind*.

Y es que, en efecto, *La Riqueza de las Ideas* hace atractivas las viejas doctrinas ofreciendo exposiciones absolutamente novedosas y destacando conexiones sorprendentes. Creemos que el *quid* de la cuestión estriba en el hecho de que un buen libro de historia del pensamiento —y éste así ha sido reconocido por la *European Society for the History of Economic Thought*, al otorgarle en 2001 el premio Jérôme Adolphe Blanqui al mejor libro europeo sobre la disciplina— precisa de un autor que no se haya limitado a preparar cursos, sino que haya investigado a fondo algunos de los temas importantes. Éste es el caso, desde un punto de vista radical, del libro *Economic Thought, A Critical Perspective*, de E. K. Hunt, y también lo es el de la obra que nos ocupa. Su autor, Alessandro Roncaglia, catedrático de Economía Política en la Universidad de Roma 1, *La Sapienza*, ha efectuado, según nos indica Alfonso Sánchez Hormigo en la presentación, destacadas investigaciones sobre Antonio Serra, Adam Smith, Ricardo, Torrens y, como es sobradamente conocido, es un experto en Sraffa. “Asimismo, ha dejado importantes trabajos sobre teoría del valor, sobre los enfoques neoricardianos de la ciencia económica, así como sobre el debate entre las corrientes monetaristas y neokeyneianas”. A partir de estas investigaciones, siempre independientes del *main stream* académico, el autor ha conformado puntos de vista muy propios y precisos que le permiten vislumbrar nítidamente las diversas posiciones sobre los temas que va destilando a lo largo del libro.

Y como el propio Roncaglia indica en el prólogo, “la reconfortante visión que ofrece la gran mayoría de los manuales económicos, la de un consenso general sobre ‘verdades económicas’, es —por lo menos en lo que se refiere a los fundamentos— falsa”. Y añade: “para entender la variedad de enfoques en el debate económico es necesario reconstruir las diferentes visiones que han sido propuestas, desarrolladas y criticadas a lo largo del tiempo sobre el funcionamiento de los sistemas económicos. No es una tarea fácil” (p. 9). No, ciertamente no lo es. Y subraya, como ejemplo

de dificultad añadida y casi nunca considerada en las historias del pensamiento económico, el principio de que “el significado de un concepto, aun cuando pueda conservar el mismo nombre, cambia cuando pasamos de una teoría a otra. Los cambios en la estructura analítica están relacionados con cambios en los fundamentos conceptuales; a menudo también se pasa por alto este hecho” (p. 10).

Tiene, además, la valentía de afirmar que “la distinción schumpeteriana entre historia del análisis e historia del pensamiento —refiriéndose la primera a las estructuras analíticas y la última a las ‘visiones del mundo’— no resulta tan engañosa como en gran parte inútil”. Y no sólo se atreve con Joseph A. Schumpeter, sino que prosigue, apuntando a Mark Blaug: “Igualmente inadecuada es la aguda dicotomía entre ‘reconstrucciones racionales’ y ‘reconstrucciones históricas’ de la historia del pensamiento económico”. E indica que en este campo, “el criterio de exactitud filológica es el principal elemento que diferencia la investigación científica de la no científica” (p. 10). Toda una osadía que, al ir la degustando, nos explica por qué pintan bastos para la historia del pensamiento desde que los matemáticos dejaron de apreciar la poesía.

Tras esta toma de posiciones sobre cómo no enfocar la cuestión, Roncaglia aporta dos claves para el fluido desarrollo de la historia. La primera responde a la pregunta: ¿cómo nació la Economía Política en el sentido clásico del término? Y contesta: “En realidad, la Economía Política nació de la conjunción de dos cuestiones importantes. Por una parte tenemos la cuestión moral: ¿qué reglas de conducta deberían respetar los seres humanos —especialmente el comerciante y el soberano— en el campo de las actividades económicas? Por otra tenemos la cuestión científica: ¿cómo funciona una sociedad basada en la división del trabajo, en la que cada persona o grupo de personas produce una mercancía específica o un grupo de mercancías, y necesita los productos de otros, tanto de subsistencia como de medios de producción para mantener un proceso de producción en marcha?” (pp. 40-41). Sugiere que hasta el mercantilismo sólo se atendió a la cuestión moral del ¿es bueno o malo que el monarca o el comerciante hagan eso o lo otro?, y que los preclásicos se distinguen de ellos porque, sin dejar de plantearse este tipo de asuntos de política económica, empiezan a atender la cuestión científica del tipo ¿hay leyes que sirvan para explicar qué pasa en el mundo de la producción y de la distribución? Y esta atención supone un esfuerzo de conceptualización —la mejor ilustración es Petty y sus definiciones de precios diversos (pp. 100-102)— y el intento de ofrecer una visión coherente del conjunto del mundo económico —como hace Cantillon en su *Essai du Commerce en général*, “un riguroso esquema lógico” compuesto de tres partes: la organización interna del sistema económico; el dinero y la circulación monetaria interior; y el comercio exterior y los cambios (p. 131)—.

La segunda clave sirve para explicar la aparición del enfoque neoclásico de la *Economics* como ingeniería que aplica instrumentos para lograr resolver problemas referidos al intercambio. Ya en época de los economistas clásicos (1770-1870) se

puede observar la conformación de “dos visiones definidas: una dicotomía que junto con sus límites, se irá haciendo cada vez más clara a medida que se desarrolle nuestra historia”. La primera visión surge de “la idea de que el sistema económico desarrolla ciclos sucesivos de producción, intercambio y consumo: una visión ‘en espiral’ puesto que estos ciclos no son inalterables, sino que constituyen etapas de un proceso de crecimiento y desarrollo”. Es el esquema al que Marx se referiría como “esquema de reproducción ampliada”. La segunda visión es la de concentrarse en los mercados de productos y de factores observando “la contraposición entre oferta y demanda”. Roncaglia la bautiza como visión “arco” porque semeja al arco voltaico que surge de la tensión entre oferta y demanda “que determina la chispa del intercambio” y se produce el equilibrio, una noción (Cournot, 1838) que en esta visión “ocupa el lugar central”.

Ya ciñéndonos finalmente a las ilustraciones puntuales que nos muestran la originalidad del autor al abordar temas importantes de la historia del pensamiento económico, subrayaremos en primer lugar su ejemplar tratamiento de Adam Smith, no sólo destacando el sistema filosófico que se desprende de su obra, sino subrayando la importancia de su *Teoría de los sentimientos morales* como pieza simétrica a *La Riqueza de las Naciones* para construir el edificio social y económico: tan importante es la empatía o simpatía para estructurar la sociedad como el interés personal o interés propio para activar la actividad económica. También merece nuestro encomio el análisis de Roncaglia de la teoría del valor de Smith, aunque no hubiera estado mal un mayor énfasis en la distinción entre los problemas derivados de la medición del valor en cambio (la identificación medida-precio, precios nominales *versus* precios reales, la mercadería patrón como base del valor real: el trabajo ordenado, etc.) y los derivados de la regulación de los precios a partir de las fuentes del valor en cambio (a corto plazo: precios de mercado, a largo: precios naturales, relaciones entre ambos, etc.).

Otros autores en los que Roncaglia destila la gran sabiduría producida por sus investigaciones son Marshall, Keynes y, naturalmente, Sraffa. La obra de Alfred Marshall aparece soberbiamente relatada, y los méritos de su exposición vienen a menudo atribuidos al gran maestro especialista en este autor neoclásico, Giacomo Becattini. En esta influencia sobre Roncaglia se advierte la enorme fuerza de la actual escuela italiana de pensamiento económico, que se alza en defensa de la materia a un nivel inigualado en el mundo. Constituiría una gran paradoja que esta fuerza se viera debilitada por el proceso de convergencia de la educación superior europea que responde al nombre de Bologna.

Es también muy interesante el tratamiento que Roncaglia hace de John Maynard Keynes, que toca en la llaga cuando señala que pocos economistas han leído la *Teoría General*, por la fama de libro difícil. Con esta premisa de entrada, se dedica a interpretar pacientemente su contenido básico, una tarea que desarrolla con la claridad de exposición que la obra de Keynes le permite. En este sentido, quizá quede poco

remarcada la distinción entre demanda esperada cuando los empresarios hacen sus planes y demanda efectiva que se va realizando a lo largo del ejercicio (pp. 523-533). Lo más importante, sin embargo, viene luego pertinentemente subrayado por Roncaglia: Que la *Teoría General* que se explica en los manuales, a través del modelo IS-LM, es una tergiversación de la *Teoría* original de Keynes, mucho más realista que aquella: con el empresario de protagonista, el nivel de salarios presente, una dinámica ejercicio por ejercicio que conjuga expectativas y realizaciones, etc., aspectos todos ellos que desaparecen totalmente en el modelo IS-LM que conduce a la “síntesis neoclásica”. Roncaglia lo indica diplomáticamente: cabe “preguntar si la ‘síntesis neoclásica’ de Hicks y Modigliani fue un desarrollo natural o una tergiversación radical del análisis de Keynes” (p. 522-523). Finalmente, cabe constatar que Roncaglia se apunta a la tradición de considerar a Marshall como el autor que más ha influido sobre Keynes, y en las páginas dedicadas a este gran economista lo cita diez veces. Deja de lado el hecho, apuntado por Philip Mirowski (*Edgeworth on Chance, Economic Hazard and Statistics*, 1994, pp. 48 y 50) de que los temas de investigación elegidos por Keynes coinciden con temas trabajados por Francis Ysidro Edgeworth —Probabilidades, Inferencia Estadística, la Economía Política y la Gran Guerra y los números índices, entre otros—. La influencia personal de Marshall se redujo a las ocho semanas de clase de economía que tomó Keynes en otoño de 1905, mientras que éste se vio semanalmente con Edgeworth para asuntos de selección de artículos para el *Economic Journal* durante quince años —desde 1911 hasta el día antes de la muerte de este último en 1926—. Y sin embargo, Edgeworth no viene mentado para nada en las páginas dedicadas a Keynes.

Edgeworth, es, según nuestra poco autorizada opinión, uno de los autores más injustamente tratados por los historiadores del pensamiento económico convencional —lo han reducido prácticamente a una simple “caja” — cuando, de hecho, es una de las figuras que más ha influido en los actuales manuales, todavía neoclásicos: la Microeconomía es esencialmente un producto Edgeworth-Pareto-Hicks, mientras la Macro proviene de la vía Edgeworth-Keynes-Hicks. De otra parte, los devotos de la Teoría de Juegos de von Neumann y Morgenstern —como Shubik en 1959— advirtieron que Edgeworth se les había adelantado en más de setenta y cinco años en el uso de las coaliciones en el juego de intercambios bilaterales que conduce al mercado, y había llegado a la noción de precio único de un mercado competitivo —que los adictos a Juegos llamaron punto de Edgeworth o *core*—. Y, además, en el campo de la Inferencia Estadística —base de la actual Econometría y fundamento instrumental del nivel macroeconómico— Edgeworth es considerado, junto con Galton y Pearson, uno de los tres pioneros. Roncaglia sigue la línea tradicional y le dedica sólo tres cuartos de página, reconociéndolo, empero, como creador de las “curvas de indiferencia” y “la curva de contrato” (p. 394). Algo es algo.

En cambio, consideramos un gran acierto la introducción de un autor clásico considerado maldito —gracias en parte al menosprecio de Schumpeter—, al que

Roncaglia le dedica un par de páginas: Thomas de Quincey, el escritor de reconocido prestigio literario por su obra *Confessions of an English Opium Eater* y también autor de *The Logic of Political Economy* (1844). Roncaglia indica sobre este último libro que “constituye en muchos aspectos un paso, incluso más decisivo que el dado por John Stuart Mill en los años siguientes, en la dirección de una teoría de los precios basada en la demanda y la oferta, y de una teoría subjetiva del valor”. En efecto, y aunque Roncaglia no lo explicita, De Quincey intenta aprehender el valor de uso sobre la base del concepto de usabilidad —capacidad de cada bien de ser utilizado para cubrir las necesidades dentro de cada sociedad— en vez de la utilidad smithiana, y analiza e introduce una fórmula “binomial” que relaciona el precio de mercado con el precio natural de los bienes reproducibles —el coste de producción en sentido amplio— en mercados no encajados a través de una función (¡en 1844!) del exceso de la demanda sobre la oferta. Con independencia de Cournot introduce el término “equilibrio” entre estas fuerzas en los mercados cuando ambas no son estrictamente dependientes entre sí —como pasa en los mercados encajados en que la oferta sigue los pedidos de la demanda—. Tampoco descubre Roncaglia que De Quincey, en este mismo texto, anticipa en más de ochenta años el modelo de la telaraña, a través de un ejemplo sobre el mercado de caballos de posta. Consideramos, sin embargo, que en conjunto es una gran contribución de Roncaglia el hecho de haber rescatado a este interesante autor de las tinieblas del olvido.

No nos extenderemos en la contribución que supone a la historia del pensamiento que un sraffiano de la dimensión de Roncaglia aporte su saber profundo a la exposición del contenido y sentido de la obra de Sraffa, en lo que constituye uno de los grandes aciertos del libro.

Finalmente, cabe destacar el capítulo final —de imprescindible lectura para cualquier economista que se precie— en el que Roncaglia, siguiendo el *dictum* del recientemente fallecido A.W. Coats, de que el historiador del pensamiento económico ha de intentar devenir la conciencia de la profesión, se pregunta, desde su visión externa a la visión académica imperante: ¿discurre la investigación económica “en una dirección precisa de progreso”?, ¿hasta qué punto es aceptable la progresiva fragmentación (especialización investigadora la llaman) de nuestro campo académico? Y, *last but not least*, ¿en qué dirección convendría proceder? Obviamente, las respuestas, no por menos previsibles para el lector que ha ido siguiendo paso a paso a Roncaglia menos atractivas, las dejamos en el aire, para que las intenten buscar también los economistas de buena fe a la luz del día y no sólo con “la oscura linterna del espíritu que nadie ve sino sólo los que la llevan”, que decía Samuel Butler.

Lluís Barbé Durán

Universitat Autònoma de Barcelona

Jordi Pascual Escutia

Universitat de Barcelona